

UNA MUERTE EFÍMERA

Como casi todos los días, Ramiro iba tarde a su clase de creación literaria. Desde que vive con Claudia le parece que le falta tiempo y vivacidad para todo, en especial para su gran pasión: escribir. Él se tiene a sí mismo por buen escritor, pero hace tiempo que le faltan ideas, no encuentra tramas interesantes.

Claudia, queriendo ayudarlo, le propone temas que encuentra en las páginas de sucesos de los periódicos, sin darse cuenta de que así aumenta aún más la desesperación de un Ramiro cada vez más esquivo y receloso. Su resentimiento le induce a alejarse de ella, mientras Claudia consume su soledad pintando paisajes al óleo. Sus valles imposibles, de mil tonos de verde, parecen tan desolados como ella misma.

Ramiro llegó por fin al edificio, subió los escalones de dos en dos y apretó el paso en el corredor, hasta detenerse en seco ante la puerta del aula. La abrió suavemente y entonces la vio: bajo la pálida luz de los fluorescentes, en un suelo inmensamente vacío, yacía una de sus compañeras de clase, inmóvil, boca abajo, con sus piernas y brazos en esas insólitas posturas que sólo la muerte permite. Ramiro, con los ojos enormemente abiertos, percibía fuertes palpitaciones en las sienas, que sentía delgadísimas, a punto de romperse. La repentina sequedad de su boca apenas le permitió hablar por teléfono con la policía.

El inspector Bermejo tenía todavía en su retina los chispazos de los destellos azules del coche celular, cuando llegó al aula acompañado de su ayudante, al que llamaban Anchón, y de uno de la científica, apodado Walter, que llevaba una chaqueta y un pantalón arrugados a conciencia. En Jefatura pocos sabían por qué los llamaban así y casi nadie conocía sus verdaderos nombres. Bermejo, caso extraño, no tenía mote, nadie había tenido tanta confianza con él para llamarle de otro modo.

Se inclinó junto al cadáver al lado de Walter. Hizo un examen general del cuerpo y le giró la cabeza para ver su cara. Se tomó su tiempo observando su cuello, que tenía un corte muy profundo, y sus brazos y piernas flexionados.

-Walter, ya puedes empezar. Avísame si encuentras algo que no debería estar en un lugar en el que enseñan a escribir novelas.

Al inspector le preocupaba el parecido de este crimen con otros dos cometidos con anterioridad. Los asesinos en serie gustan en el cine, pero ponen de uñas a la policía: son fríos, calculadores y meticulosos, al mismo tiempo que aleatorios, cualquiera puede ser su víctima, los psicópatas matan sin motivo y los hombres como Bermejo siempre buscan móviles.

El inspector preguntó a Anchón por la persona que encontró el cadáver y éste, levantando la barbilla, señaló a Ramiro.

-Soy el inspector Bermejo, ¿se encuentra usted bien?

-Bueno, puedo responder a sus preguntas.

-Me dice por favor su nombre y a qué se dedica.

-Ramiro Santullán. Quisiera decirle que soy escritor, pero todavía no es más que una aspiración. Vendo motos de gran cilindrada.

-Quizá hablemos de ese asunto otro día ¿Es usted alumno? aquí en esta clase, me refiero.

-Sí, desde hace algunos meses vengo los jueves por la tarde.

-Dígame, ¿cómo se llamaba la chica? ¿Qué me puede decir de ella?

-Se llamaba Miranda y era... pues normal, como cualquier otra persona de clase, con su trabajo, su afición literaria y poco más que yo sepa.

-¿Es divertido esto? Entiéndame, ¿hay buen rollo entre ustedes, no hay envidias? ¿No resulta frustrante que traten de enseñarte algo, esforzarte en aprenderlo y comprobar que otros tienen más talento?

-Entiendo lo que quiere decir. No, no he percibido mal ambiente, al contrario, la relación es muy buena, no importa cómo escriba cada uno.

-¿No le parece extraño que no hubiera nadie más?

-Desde luego, no acabo de entenderlo. Yo venía tarde, la clase debía haber empezado y no estaban ni la profesora ni mis veintitantos compañeros, sólo esa pobre chica muerta. ¿Sabe cómo murió?

Bermejo le dio largas: “había que esperar el informe del forense”, le dijo y regresó junto al cadáver. Le pareció que Ramiro no aportaría mucho más a la investigación, al menos por el momento.

La escena del crimen de Miranda y las circunstancias de su muerte se parecían a otros dos homicidios que Bermejo conocía bien. Pero había diferencias importantes, demasiadas, faltaban las huellas sutiles, las que definían la personalidad de su autor.

Uno de esos asesinatos ocurrió unas semanas atrás. En un sanatorio que hacía años que había cerrado sus puertas, apareció un día, en lo que fue uno de sus quirófanos, el cuerpo de una mujer con el abdomen abierto y sin su hígado. Sobre una camilla, el asesino había depositado el cadáver delicadamente, cuidando que tuviera un buen aspecto, la chica estaba bien peinada y maquillada. A su alrededor no había ni una sola gota de sangre, eso llamó mucho la atención de la prensa. Cuatro meses antes, junto a una carretera casi abandonada desde que se abrió la autovía, apareció en pleno páramo el cadáver de una joven muerta por politraumatismo, con las mismas lesiones

que si hubiera sufrido un accidente de automóvil mortal, pero no había ningún coche. A pesar de las gravísimas heridas, la chica estaba aseada, peinada y arreglada como si fuera a una fiesta. La habían colocado cuidadosamente en el arcén, parecía estar dormida y, por supuesto, tampoco había sangre en aquel lugar. También entonces ese fue el detalle que más atrajo a los periodistas.

A ambas víctimas las desangraron y lavaron, para dejarlas después en lugares que tenían una relación antigua con la muerte que alguien eligió para ellas. Una liturgia macabra que combinaba asesinato violento con limpieza obsesiva y un enigmático interés por el pasado, por lo que ya había dejado de ser. Miranda apareció en un antiguo matadero, también sin sangre alrededor y con un corte en el cuello como el que asestaban a las reses para sacrificarlas.

-Esta chica tampoco ha muerto aquí Bermejo, ni siquiera cerca, la han traído muerta como a las otras. Pero a esta la no la ha matado el mismo, alguien nos la quiere colar.

-Sí Anchón, esto no encaja.

-¿Has visto las raspaduras de los brazos y muslos? A ésta la han arrastrado y la han dejado boca abajo. El otro las peina y maquilla, cuida su presencia, las trata con mimo después de matarlas. Aquí no hay empatía, la han dejado como si fuera un saco de patatas

-Desde luego no es nuestro hombre, han imitado su forma de actuar, pero sólo conocían lo que salió en la prensa, faltan los detalles ¿Qué me dices del autor, hombre o mujer?

-El que lo ha hecho no tiene mucha fuerza, pero no sabría decirte.

Junto al cadáver, Walter proseguía con sus pesquisas. Ramiro estaba apartado, pero no retiraba la vista de esa continua toma de muestras que daba la impresión de insultar, de profanar una y otra vez la intimidad silenciosa de Miranda, que parecía que en su quietud mortal sólo deseara ausencia. En la mente de Ramiro, ese trasiego tan desigual, esa distancia abismal, estimulaba el deseo de imaginar, de jugar con las emociones, eligiendo caminos, decidiendo desarrollos y desenlaces, en definitiva, de escribir.

Walter le miraba de reojo, le suponía afectado por la situación, allí, en aquel asiento del que nadie le había dicho que se levantara y mucho menos que pudiera irse. Tal vez Bermejo preferiría tenerlo cerca por si surgía alguna pregunta que Ramiro pudiera contestar. A Walter le costó levantarse, ya eran muchos años arrodillándose junto a cadáveres. Trató en vano de alisar su pelo en el que el color blanco destacaba sobre el negro y fue a sentarse junto a Ramiro.

-Créame, no llega uno a acostumbrarse

-No lo parece. ¿Qué siente usted cuando busca algo en la boca o bajo las uñas o incluso en otros lugares más recónditos de un cadáver?

-Mire, este es un trabajo que requiere mucha más humanidad de la que cree. Tal vez piense que tratamos a esa chica igual que a un mueble, se equivocaría. Más bien es como si le dijéramos, ya sé que no puedes hablar, pero dime de la manera que te sea posible quién te ha hecho esto.

-¿Conoce a alguien que pudiera hacer una cosa así?

-Verá Ramiro, esto puede hacerlo mucha más gente de la que nos creemos. Hagámoslo al revés, ¿sabe usted quién podría haber matado a esta chica?

-Nadie que yo conozca, se lo aseguro. Es curioso, me desesperaba la falta de ideas para escribir y sin embargo ahora, tras encontrarme de golpe con la muerte y comprobar sus primeros efectos, se me han ocurrido al menos una docena de relatos, tal vez hasta una novela.

-¿Se da cuenta? Mucha gente tiene problemas que se resolverían si alguien entre un conjunto más o menos numeroso de personas muriera; factores impredecibles determinarían quién de ellos perdería la vida. Porque, por ejemplo, si alguien hubiera decidido matar para estimular su inspiración literaria, usted hubiera escrito su docena de relatos tanto si la muerta era Miranda, como si hubiera sido cualquier otra persona de la clase, o un vecino o un compañero de trabajo, porque lo que realmente le importaba al asesino no era quién muriese, sino que usted se topara con el cadáver. La muerte de Miranda habría sido el resultado caprichoso del azar ¿Hay mayor fantasía que una realidad como esta?

Walter volvió junto a Bermejo y Anchón. Tan pronto como estuvo cerca, le abordó el inspector:

-Anchón y yo pensamos que no es nuestro hombre, ¿tú qué crees?

-Lo mismo. El maquillaje es de baja calidad y nada de perfume francés. Ya habéis visto la posición, es un imitador que ha leído algunos periódicos. No creo que sea un psicópata.

-¿Has observado algo extraño?

-Quizá, aunque no sé hasta qué punto es extraño en este lugar. He encontrado en el cadáver cuatro manchas de pintura al óleo verde de al menos tres tonos diferentes. Pero he comprobado que la clase de enfrente es la de pintura, así que es un hallazgo raro que podría no serlo.

-Anchón toma nota, hay que comprobar los trabajos del aula de pintura.

-¿Algo más Walter?

-No hasta que analice las muestras.

Bermejo se aproximó a Ramiro, casi se había olvidado de él.

-Disculpe que le haya retenido tanto tiempo, puede volver a su casa. Por si necesitáramos su colaboración, le rogaría que facilitara su dirección y teléfono a mi ayudante.

-Se lo agradezco inspector.

Entonces Ramiro, que como casi todos los días iba tarde a clase de creación literaria, llegó por fin al edificio, subió los escalones de dos en dos y apretó el paso en el corredor, hasta detenerse en seco ante la puerta del aula. La abrió suavemente, y entonces la vio: bajo la pálida luz de los fluorescentes yacía una de sus compañeras de clase, inmóvil, boca abajo, con sus piernas y brazos en esas insólitas posturas que sólo la muerte permite. No se encontraba sin embargo en un suelo inmensamente vacío, sino rodeada de sus veintitantos compañeros y de la profesora.

La clase acababa de empezar, sólo había dado tiempo a que una compañera nueva en el grupo, Miranda, se tumbara simulando que la habían asesinado y a fijar los términos del próximo relato que había que redactar. Debería tratar sobre una persona muerta en la clase, en la misma postura que Miranda, sin que a su alrededor hubiera ni una gota de sangre; la historia debía contar, además, con un cierto toque fantástico. Eso del toque fantástico podía quedar a la elección particular de cada uno.

José Sainz de la Maza

Madrid, 15 de octubre de 2008